

La puerta de hierro.—El cortejo.—Deslumbramiento.—El estrado.—Norodom.—Su retrato.—El lampista.—La sala de baile.—*Foyer* de las bailarinas.—Palcos de las favoritas.—Orquesta de hombres.—Ante el rey no se anda, se arrastra uno.—Trescientas ochenta y seis mujeres.—Su traje, su retrato.—Las botas de la guardia real.—El regidor del teatro.—Napoleón III y la emperatriz Eugenia.—Norodom, artista.—¡Ya empieza!

Nuestro coche atraviesa el patio de Palacio, que visité por la tarde, y se detiene cerca del pabellón construido á la europea, donde Norodom da audiencia de ordinario.

Nos apeamos: el tesorero del rey, Col de Monteiro, sale á nuestro encuentro y guía nuestros pasos (porque el patio no está alumbrado) hacia la gran puerta de hierro (¿es realmente de hier-

ro? No lo veo) que separa el palacio, propiamente dicho, de la residencia privada.

A ambos lados de esta puerta, abierta de par en par en este momento, están formados diversos personajes, oficiales, mandarines y ministros, vestidos con túnicas ó gabanes de paño fino y pantalón nacional, el *sampot*, que es de algodón ó de seda, sin botones ni corchetes, arrollado alrededor de los riñones y sostenido por... la fuerza de la costumbre. Estos señores llevan en la mano grandes candelabros de plata, cuyas bujías, bajo bombas de cristal, se encuentran al abrigo del viento y de los mosquitos.

Mi cortejo se pone en marcha, y, por más que hago, me veo obligado á ir delante de todos, puesto que decididamente es á mí, á un simple novelista, autor dramático intermitente, periodista á las veces, ni siquiera académico, á quien S. M. se digna honrar.

Damos algunos pasos por un paseo estrecho, limitado por altas tapias, y, luego, sin transición, nos encontramos en un gran recinto una especie de jardín: luces, instrumentos de música que tratan de afinar, ruido confuso de voces, ó de siseos más bien, y gente, mucha gente, á la izquierda, bajo una inmensa techumbre.

Todavía no me doy cuenta exacta: me parece que esa muchedumbre, sentada en orden correcto en gradas, y que ahora está de espaldas á mí, se compone de mujeres, y de mujeres muy jóvenes. ¡Eso es, eso es! Debe estar fuera todo el harem. S. M. ha hecho bien las cosas.

Veo ante mí un estrado, para llegar al cual hay que subir algunas gradas. Me invitan á subir y subo. Al llegar á la tercera grada se acerca á mí un hombrecillo muy vivaracho, que nada tiene de solemne ni aun de oficial, con traje europeo, pero de época anterior á la nuestra: frac á la francesa, con botones de oro y pedrería, chaleco, calzón corto de seda, medias blancas, zapatos bajos con hebillas de diamantes.

Me da los buenos días en francés, me pregunta cómo estoy y me alarga la mano. Yo contesto: «Buenos días, muy bien,» y estrecho con confianza la mano que me tiende, que indudablemente pertenecerá á algún importante personaje de la corte.

Luego me vuelvo hacia el doctor Ham, y le digo al oído:

—¿Dónde está el rey?

—¡Pues si acaba de hablarle á usted y de estrecharle la mano! me responde.

—¡Ah, es él!

Entonces miro más atentamente á S. M., mientras le presentan á M. Orsini y da algunas órdenes.

Norodom debe pasar de los cincuenta. Es pequeño y feo. Debo sacrificarlo todo á la verdad. Pero ¡qué inteligencia en aquel rostro imberbe! ¡Cuánta malicia en aquella mirada que nada tiene de oriental, es decir, de adormecida! ¡Cuánta expresión en aquella boca grande, siempre dispuesta á reír! A pesar de su corta estatura y de su vivacidad, su aspecto revela mucha dignidad. Se conoce bien que está acostumbrado á hacer que le obedezcan, que un pueblo entero se prosterna ante él.

Desde lo alto del estrado estudio ahora cuanto me rodea.

Extraña sala de espectáculos: abierta á todos los vientos, como lo exige el clima, bajo una gran techumbre sostenida por pilares. Junto á estos pilares, inmensos candeleros plateados parecidos á los que se usan para los cirios en nuestras iglesias. Pero los cirios y bujías están reemplazados por gruesas torcidas empapadas de aceite. A cada instante, un empleado del palacio renueva el aceite contenido en una simple botella ordinaria, de las de litro. Nada más primitivo... y nada tendría de nuevo si el empleado,

para desempeñar sus funciones, anduviera como todo el mundo; pero delante de un monarca cambodgiano no se anda, debe uno arrastrarse sobre las rodillas: el encargado del alumbrado, tendido boca abajo, con su botella en la mano, se arrastra desde uno á otro candelero, y para echar el aceite, alza sólo la parte superior del cuerpo.

El lado derecho del cobertizo donde me encuentro, y que se llama *Hung-Ban* (cobertizo para baile), está cerrado por un tabique. En el piso de abajo, tras del tabique que reemplaza á nuestros bastidores, están las bailarinas dispuestas á entrar en escena. Tienen allí una especie de *foyer*. Encima están los palcos de la familia femenina del rey, de sus mujeres legítimas y de sus favoritas. Estos palcos están cerrados por rejillas de madera, tras de las cuales, á veces, observando atentamente, se divisa un ojo ó un dedo.

De frente, al otro extremo del largo salón, la orquesta. Los músicos, vestidos con chaquetillas y *sampots* de color oscuro, permanecen en pie, con los instrumentos entre las rodillas: tambores de piel de serpiente, el *prey-poc*, especie de flauta; el *tro*, parecido al violoncelo, y el *cong*, que se emplea solamente cuando se quiere

meter mucho ruido, cuando llega algún demonio.

Ahora, el estrado donde he tomado asiento. Le cubren esteras y tapices. En el centro, un veladorcito sobre el cual veo cajas de cigarros y copas de Champagne que pronto llenarán. Sillones para M. Orsini, para el doctor Ham y para mí. En la misma fila, y en un sillón que no es más elevado que los nuestros, el rey. Junto al sillón un sofá, donde se echa de ordinario cuando sus bailarinas bailan sólo para él, y donde acaba casi siempre por dormirse. Tras del sofá ábrese una puerta que comunica con sus habitaciones particulares.

Bajo el estrado, los mandarines, los ministros, los oficiales de alta graduación, sentados en el suelo. Si durante la velada se dirige Norodom á alguno de ellos, el poderoso personaje, ante quien el pueblo tiembla, vuélvese inmediatamente hacia el estrado, y, de rodillas, con los brazos extendidos y la cabeza baja, escucha lo que S. M. se digna decirle. Preciso es verlo para creer en ese respeto exagerado y humillante.

He reservado para lo último las mujeres de Norodom.

En número de trescientas ochenta y seis, es-

tán sentadas frente al estrado, en una gran tribuna abierta que tiene toda la extensión de la sala y cuatro filas de gradas. Durante las cinco horas del espectáculo he contado repetidas veces el número de esas señoras, cuya mayor parte supongo que serán señoritas, y la cifra de trescientas ochenta y seis es rigurosamente exacta, lo cual prueba no me ha dado bien la cuenta y me ha sisado ciento catorce mujeres. Verdad es que las bailarinas, á quienes no veo todavía, llenarán este vacío, y llegaré indudablemente á mi cifra de quinientas, de la que sentiría tener que retractarme.

«Pero (me replican) la cantidad nada significa; la calidad es lo importante. Díganos usted desde luego si son bonitas.»—En todo caso, son jóvenes.—¿Todas?—Absolutamente todas: de catorce á dieciocho años.

En cuanto á darles un certificado de belleza, no me atrevería á hacerlo sin entrar antes en detalles. Su tez es de color de bronce claro, mucho menos cobrizo que el de las mujeres indias, javanesas y annamitas; la de algunas no es más que mate, pero esto es excepcional. Tienen el cráneo pequeño y la frente un poco deprimida. Los cabellos, muy negros y muy recortados, me han parecido abundantes, gracias á los excelentes

gemelos que el rey me ha dejado. No puede estar más amable.

Continúo el retrato con método, siguiéndo de arriba abajo. Los ojos, por lo general, son negros ú oscuros. He visto, sin embargo, algunos pares garzos, azul oscuro y hasta tirando á verdes. La mirada es viva, sin ese decaimiento, esa languidez de los ojos orientales. El extremo Oriente se parece en algunas cosas al Occidente. En cuanto á la nariz, igual diversidad. Las hay chatas, gruesas, y otras con las ventanillas muy abiertas, muy dilatadas: éstas, que abundan bastante, son rectas, aguileñas, y no sentirían mal en un rostro parisiense.

Los pómulos, generalmente salientes, ensanchan un poco la cara, nada más que un poco, mientras que en las annamitas la ensanchan mucho. Las orejas... ¡caramba!... las olvidaba; he bajado mucho y hay que volver á subir... las orejas, repito, son largas, gruesas y muy separadas de los temporales. No obstante... gracias á los gemelos he distinguido algunas bastante finas. Norodom, que me parece un inteligente, debe haberlas ya reparado, entre la multitud... y sin gemelos. En cuanto á todas esas bocas de catorce á dieciocho años, yo no sé cómo se pondrán más adelante, cómo se habrán puesto desde

hace un año que las dejé; pero en el momento en que las miraba eran sumamente agradables. El betel, la areca, el cigarrillo y el cigarro no habían marchitado aún sus labios sensualmente gruesos y sus dientes bien alineados y blancos.

Bajemos: cuello grueso, demasiado corto; hombros anchos y llenos. En casi todas, á pesar de su edad, está ya formado el pecho. Por cierto que sólo se ve de él una parte, el lado derecho ó el izquierdo... no me acuerdo ya; no puede uno acordarse de todo, cuando tanto se ha visto... La parte oculta, que puede adivinarse por relación con la otra, está cubierta con una banda.

Es imposible bajar más: la falda, el paño ó el *sampot*, recubre la parte inferior del cuerpo, y una pequeña balastrada que hay delante de la tribuna tapa también los pies.

Me dicen que son pequeños, pero un poco anchos, y están desnudos... por supuesto; en Cambodge sólo el rey tiene el derecho de calzarse.

Actualmente ya se cometen algunas infracciones. Se ven algunas babuchas y sandalias; también algunos zapatos se muestran tímidamente; pero, con rarísimas excepciones, las mujeres del harem guardan la buena tradición.

Además, los zapatos y botinas las molestarían

indudablemente, á juzgar por los soldados de la guardia real á quienes se ha creído conveniente darles botas, y que se las quitan para llevarlas á la espalda, en cuanto salen de Phnom-Penh. Su imaginación está tan imbuída por la idea de que no deben estar calzados ante el rey, que al principio, durante el primer año, en cuanto Norodom se acercaba á un centinela, éste, en vez de presentarle las armas, se apresuraba, por respeto, á quitarse las botas.

Volviendo á la tribuna de las trescientas ochenta y seis mujeres, y dejando aparte sus bellezas y sus defectos, de que ya he procurado dar idea, declaro que vistas á la vez, tomadas en conjunto, con su traje pintoresco, sus bandas y sus paños de brillantes y variados colores, admiran y encantan la vista. Jamás olvidaré este golpe de vista, y aunque no hubiese ido á Cambodge más que para gozar de él, no lamentaría el viaje. Quizá tras de mí venga otro, vea lo que yo he visto y quede menos satisfecho. Tanto peor para él: ¡es tan agradable admirar!... y si uno no ha de admirar, ¡para qué andar tanto camino!

Pero ¿es tan sólo para mostrármelo para lo que Norodom ha hecho que salga todo su harem? ¿Habrà querido desplegar sus riquezas ante

un pobre europeo monógamo? ¿Querrá inspirarme envidia ó hacerme honor? ¿O estarán esas señoras como yo, de simples espectadoras, esperando la función prometida? Nada de eso. Como me dijeron, y he repetido en las primeras páginas de este libro, Norodom ocupa, utiliza á todas las mujeres de su harem, y de las más jóvenes ha hecho coristas. Dentro de un instante acompañarán con la voz á los músicos y las bailarinas; y con trocitos de madera, que chocan unos contra otros, marcarán el compás y completarán la orquesta.

El regidor del teatro de S. M., función importante, que confiere al que la desempeña el título de mandarín, corre con apresuramiento desde nuestro estrado, donde el rey le comunica sus últimas órdenes, al pequeño *foyer* de las bailarinas. Su modo de correr es muy divertido: de rodillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, los brazos extendidos y las manos apoyadas en el suelo, sólo se sirve, para avanzar, de las piernas y los brazos. Por la gracia real, de bípedo se ha convertido en cuadrúpedo.

Norodom, mientras esperaba á que todo estuviera dispuesto, se dignó ocuparse de mí; y como las pocas palabras que me dijo en francés cuando llegué, eran las únicas que conocía, re-

currió al doctor Ham para preguntarme mi edad. Contesté, aunque algo asombrado de tal pregunta, que no suele entre nosotros hacerse más que en la intimidad; pero el doctor me advirtió que en Cambodge preguntarle á uno su edad, es darle una muestra de interés y simpatía.

Y pronto va á aumentarse el interés que S. M. me demuestra: mirando en derredor por el estrado, me ha parecido reconocer en unos marcos dorados los tan conocidos grabados del retrato de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, por Winterhalter. Como aun no ha comenzado el espectáculo, me levanto y me voy á mirarlos más de cerca. Al volver, el doctor Ham me pregunta de parte del rey si he conocido personalmente al emperador y la emperatriz. Contesto que en Compiègne se habian representado algunas obras mías, y que yo había sido muy bien recibido; y que, prescindiendo de toda idea política, conservaba yo grato recuerdo de los dos soberanos, que tan bien me acogieron. Según parece, una de las cualidades de Norodom, es la de ser agradecido. El emperador Napoleón III le protegió contra el reino de Siam, sin empobrecerle ni humillarle. Se acuerda bien de ello, y mi respuesta, que nada tenía de premeditada,

pues dije lo que sentía, debió conmovérle. Se ha acabado ya la frialdad entre nosotros: vamos á divertirnos... como artistas.

Y un artista es (bien me lo habían anunciado) el que ha estudiado profundamente la literatura de los *Khmers*, los ilustres antepasados del pueblo cambodgiano, y ha elegido entre las obras de éstos las más notables para hacer que las representen en su teatro. La literatura Khmers, que indudablemente es de origen indio, no le ha bastado. Sus estudios, sus investigaciones, comprenden también los textos primitivos en idioma sanscrito, el *Ramayana*. De este inmenso poema épico, por lo general difuso, ha sacado episodios de una intriga fácil y, prescindiendo del diálogo, le ha reemplazado en todo lo posible por la danza y la pantomima. Hay que tener en cuenta también que se ha separado de las costumbres del teatro chino, y que ha suprimido los actores para dar todos los papeles, excepto los de bufones, á muchachas jóvenes y bonitas. Le cuestan un dineral; convengo en ello. Yo no sostengo que Norodom sea económico, ni que no pudiera emplear mejor su dinero: sólo digo que es un verdadero artista, y por de pronto yo no le exijo otra cosa.

Ya empieza. La orquesta me lo indica, pues el

telón no se levanta por la sencilla razón de que no lo hay. Las decoraciones y demás cosas que hemos convenido en llamar un teatro, tampoco existen. La obra va á representarse á nuestros pies, bajo el cobertizo, en el espacio comprendido entre el estrado y la gran tribuna de las mujeres.

XII

Las bailarinas ó *Lakhons*.—Sus maravillosos trajes.—Su rostro, su cuerpo.—Norodom, maestro de baile.—Los dos personajes principales.—Siamesas y javanesas.—Las javanesas de la Exposición.—La obra.—Risa del rey.—Champagne, sherry, cigarros.—Sigue el baile.—Las bayaderas celestes que han salido de sus tumbas.—Estoy hipnotizado.—Me creo... un Dios.

Hélas aquí: salen lenta, gravemente, del *foyer*, y al llegar enfrente, ante el rey, se arrodillan, juntan las manos, se las llevan á la cabeza y se inclinan hasta tocar el suelo.

Luego se levantan, y empieza á desarrollarse la acción del drama.

Norodom encarga al doctor Ham que me explique cómo la hermosa joven que va á la cabeza del cortejo es una gran princesa que se pasea por su jardín con las que la acompañan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Doy las más expresivas gracias al rey... ¡Pero si él supiera lo poco que me interesa el argumento del drama! Toda mi atención y mis miradas son para las que lo interpretan.

Ante todo, ¡qué trajes tan maravillosos! No hablo sólo de su riqueza, de las piedras preciosas, zafiros, esmeraldas, rubíes, esparcidos por todas partes con profusión y que hacen que chispeen las coronas, los cinturones y los cuerpos de los vestidos. Me seducen principalmente la forma, la originalidad, la rareza de esos ropajes... y sin embargo, pareceme haberlos visto ya... ¡Ah! sí, en los bajo-relieves de los antiguos monumentos de la India, de Siam y de Cambodge. Norodom, inspirándose en esas magníficas esculturas tan bien conservadas á pesar del transcurso de los siglos, ha vestido á sus bailarinas nuevas, sus *Lakhons*, como vestían antiguamente las bayaderas celestes, las que danzaban ante ídolos de los dioses. Es la copia fiel de las mismas vestiduras y de los mismos adornos, collares, brazaletes, anillos. Quizá sean las alhajas de otros tiempos halladas en los sepulcros. Sólo el color de las ropas se diferenciará. El rey, á pesar de sus investigaciones, no ha podido averiguarlo; pero lo ha adivinado, porque está perfectamente elegido: nada excesivamente

te vistoso, nada llamativo; colores indecisos para que resalten más el oro y las piedras preciosas.

¿Y el cuerpo que se mueve, que vive bajo esos trajes? Bien formado, alto, joven, flexible, con una gracia que tiene mucho de felina, una agilidad de fiera, de serpiente más que de mujer.

¿Y la cabeza? No es como la de las jóvenes de la tribuna de enfrente; el perfil es más fino, la nariz más afilada, los ojos más rasgados, la mirada menos viva, lánguida, velada, la boca severa, sin sonrisa, un tanto malévola.

Estas bailarinas, estas *Lakhons*, vienen de todos los países; unas de Java, otras de China y del Japón; la mayor parte, las más altas, las más ágiles, las más bonitas, son siamesas. El color de la piel no es tan claro como el de las cambodgianas, es algo cobrizo, pero no se distingue más que en los brazos, en las piernas y en los pies, descalzos; las bailarinas, sea por coquetería ó porque esté así mandado, se cubren el rostro con una especie de polvos de arroz. Esos polvos, ese tinte blanco, es lo que á veces les da el aspecto de aparecidas.

Sin duda el rey, para que la ilusión sea más completa, ha querido que nos creyéramos en

presencia de las bayaderas celestes muertas hace tres mil años. ¡Oh, que aparecidas más lindas!... ¡Y qué tipo es el tal Norodom II! No tiene bastante con todas las mujeres de su reino. Todos los años encarga á uno de sus adictos que vaya á los países vecinos á encargar ó comprar alguna para renovar su cuerpo de baile. No exige que sepan bailar. Al contrario, prefiere tener discípulas, y las saca excelentes. Lo que quiere ante todo es cosa buena y nueva. En su casa, en su teatro, las bailarinas no envejecen como en la ópera.

Continúa el drama lenta, muy lentamente... No vendrían mal algunos cortes en el repertorio [indio, chino ó cambodgiano... Un príncipe que anda viajando... me dijeron su nombre y ya no me acuerdo de él... ve á aquella princesa..., cuyo nombre he olvidado también... que hemos dejado paseándose por los jardines en compañía de sus servidoras. Se enamora de ella súbitamente, como en nuestras comedias de magia, y quiere acercarse á ella para declararle su pasión. Pero á ella le parece que eso es llevar las cosas demasiado de prisa, y se aleja. Desolación del príncipe. Que se tranquilice: la princesa, siempre seguida de su cortejo, vuelve pronto sobre sus pasos, le mira con más simpatía, y se

aleja otra vez para volver de nuevo. Estas coqueterías, que duran muchísimo tiempo, no me cansan, tan nuevas, hábiles y raras son. Conviene decir que el papel del príncipe lo desempeña una deliciosa siamesa, de unos veinte años, alta, bien formada, que lleva el cuerpo del vestido tan ajustado que parece pegado á la piel.

Un simple detalle indica que una desempeña papel de hombre y otra de mujer: la princesa tiene los brazos desnudos, y los brazos del príncipe están cubiertos por una tela de color de carne, de carne del país, bronceada.

Era cosa de ver á los dos, ó mejor dicho, á las dos, mirarse y luego volver la cabeza, acercarse y después retroceder, sin separar los pies del suelo, pero permaneciendo oscilantes, con todos los músculos de la pierna en acción... y las ondulaciones serpentinas del torso, y los movimientos rítmicos de las caderas, y el brazo extendido retorciéndose de tal modo que parece dislocado, y los dedos finos, separados, terminados en uñas inmensas, puntiagudas, encorvadas, garras en estuches de oro.

Sólo las javanesas que ví ayer en la Exposición podrían dar una idea de esta danza maravillosa, una idea muy vaga. Son verdaderas ja-

vanas y bailarinas, lo reconozco; pero por ningún concepto tienen, ni con mucho, el mérito de las *Lakhons* de Norodom.

Sin embargo, acabé por parecerme que la princesa abusaba de las coqueterías. Su enamorado la agrada, es evidente. Entonces, ¿por qué no entenderse? Como me quedo algo distraído, el rey me pregunta si me aburro. Protesto en el acto, pero murmurando al oído del doctor: «Sólo que me parece que la princesa se pone muchos moños.»

El rey desea saber lo que he dicho, y ruega al doctor que repita mis palabras. Un intérprete cualquiera se hubiese limitado á traducir literalmente la frase, y el rey no lo hubiera entendido; pero el doctor Ham, como hombre inteligente, reemplaza la alocución «ponerse moños», desconocida en Cambodge, por otra equivalente, de uso en el país. ¡Si hubiesen ustedes oído las carcajadas de Norodom! Sus mandarines, sus músicos, sus trescientas ochenta y seis mujeres, sus mismas bailarinas, á pesar de su impasibilidad, se han estremecido, por más que están acostumbradas á las carcajadas regias.

Después de reirse así, el rey da sus órdenes para que se abrevie la escena y la princesa deja en seguida que la robe el príncipe, con gran de-

sesperación de las servidoras que tan mal la han custodiado.

No contaré el final de la aventura ni las demás escenas que representan ante mí sacadas del *Feasamutt* y del *Reamké*, que no es más que un arreglo al gusto cambodgiano del *Ramayana* sanscrito. Por una delicada atención, y á fin de darme una idea de la literatura dramática cambodgiana, el rey, en vez de disponer que se representase una sola obra, ha mandado que el espectáculo se componga de cinco ó seis episodios elegidos entre sus obras favoritas. Así he visto un poco de cada cosa: el drama, la comedia, el género bufo, y doy por ello sinceras gracias á S. M. Sólo me permitiré dirigirle una censura: la de no haberme dejado la sangre fría necesaria para juzgar bien todos estos géneros diferentes. Apenas había yo vaciado una copa de Champagne, cuando me servían una de sherry, y sucesivamente otra de Champagne, excelente, á fe mía. En cuanto acababa el cigarro, el rey me ofrecía otro, un habano riquísimo, que sacaba de una caja magnífica. Yo, en apariencia, seguía muy tranquilo; pero como juez, como crítico de teatro, creo que dejaba mucho que desear.

¿Era exclusivamente el Champagne, unido al

sherry y los cigarros, lo que me abstraía? ¿No me producían también las bailarinas, las *Lakhons*, un efecto embriagador? Sin embargo, nada provocativo en su mirada. Impasibilidad absoluta del rostro. Ni siquiera sonrisas. Ni un ademán lascivo. Sólo movimientos extraños y casi siempre análogos. Nada nervioso, febril, excitante, como en el baile español, por ejemplo; ni de frenético, de epiléptico, como en la danza de ciertos negros.

Pero el lujo inaudito de los trajes, el brillo hipnotizante del oro y de la pedrería, el rostro inmóvil, impasible de todas esas hermosas criaturas, su palidez cadavérica, sus ojos lánguidos, medio cerrados y de los que sólo se ve lo blanco, como en las muertas; sus labios entreabiertos sobre dientes enrojecidos por el betel y que parecen sangrientos, esos movimientos uniformes, automáticos; esos brazos, esas muñecas, esas manos, esos dedos rígidos ó crispados, esas uñas gigantescas, que parecen haber arañado, después de la muerte, en el sepulcro, todo eso tal vez se aproxima á la sensualidad, á una sensualidad refinadísima. Yo seguía allí en mi sillón, fascinado por aquel espectáculo nunca soñado, arrullado por el coro de las mujeres, por sus cadenciosas melodías. Al lado de aquel rey ab-

soluto, de un absolutismo que no conocemos ya nosotros, al son de aquella música primitiva, salvaje, entre aquella corte prosternada, aquellas hermosas bailarinas muertas y aquel gran harem, bien lleno de vida por cierto, creíame transportado á otra época, á otra edad. Quizá por un instante, contribuyendo á ello el Champagne y la imaginación, creí ser alguna divinidad india, ante la cual danzaban las bayaderas celestes.